



Catalan Institute for Research in Sculpture
Institut Català per a la Recerca en Escultura

CINEMA ICRE: RODIN

Projecció

Lloc: Vídeo Instan, carrer de Viladomat, 239 – 08029 Barcelona

Dia: dimecres, 11 de desembre de 2019

Hora: 19:30 hores

La pel·lícula

Any de realització: 2017

Durada: 119 minuts

Direcció i guió: Jacques Doillon

Sinopsi: Auguste Rodin (1840-1917), als seus 42 anys, coneix a Camille Claudel, una dona jove desesperada per convertir-se en el seu ajudant. Ell ràpidament s'adona del seu potencial i la tracta com una igual en termes creatius. Després de més d'una dècada de treball i de relació apassionada, Camille se separa d'ell, una separació de la qual mai es recuperarà i de la qual Rodin en sortirà profundament ferit. La pel·lícula també mostra alguns dels seus afers amb assistents i models, així com la seva llarga relació amb Rose Beuret.

Premis:

- Festival de Cannes 2017

El director

Jacques Doillon (París, 1944) és un director de cinema francès. Té el costum d'oferir papers protagonistes per les seves pel·lícules, que habitualment van sobre la vida familiar i les dones, a actrius joves i inexpertes, com per exemple, Fanny Bastien, Sandrine Bonnaire, Judith Godrèche, Marianne Denicourt, Charlotte Gainsbourg o Juliette Binoche.

La seva pel·lícula de 1989, *The 15 Year Old Girl*, va entrar al 16è Festival Internacional de Cinema de Moscou.

La seva pel·lícula de 1990 *La vengeance d'une femme* es va inscriure al 40è Festival Internacional de Cinema de Berlín. L'any següent, la seva pel·lícula *Le Petit Criminel* va obtenir una Menció d'Honor al 41è Festival Internacional de Cinema de Berlín. El 1993, la seva pel·lícula *Le Jeune Werther* va guanyar el Blue Angel Award al 43è Festival Internacional de Cinema de Berlín. El 1998, la seva pel·lícula *Trop (peu) d'amour* va entrar al 48è Festival Internacional de Cinema de Berlín.

Els intèrprets

Vincent Lindon

Izia Higelin

Séverine Canele

Edward Akrou

Olivia Baes

Patricia Mazuy

Magdalena Malina

El mundo de ayer: memorias de un europeo, Stephan Zweig (1939-41)

Hombres de esa especie poco frecuente constituían un gran beneficio para quien se iniciaba; pero aún me quedaba por recibir la lección decisiva, una lección que había de serme valedera para toda la vida. Fue un don del acaso. En casa de Verhaeren se produjo cierto día una discusión con un historiador del arte, quien se lamentaba diciendo que había pasado el tiempo de la escultura y de la pintura grandes. Le contradije enérgicamente. ¿No estaba Rodin entre nosotros, que, como creador, no se quedaba a la zaga de los grandes escultores del pasado?.

Empecé a enumerar sus obras y, como casi siempre que se lucha contra una oposición, caí en un ímpetu casi iracundo. Verhaeren sonrió.

—Quien quiere tanto a Rodin debería conocerlo— dijo finalmente—. Mañana lo visitaré en su taller; si te agrada te llevaré.

¿Si me agradaba? No pude dormir de alegría. Pero ante Rodin se me atragantó la palabra. No lograba siquiera hablarle y permanecí entre las estatuas como una de ellas. Por modo extraño, esa perplejidad mía pareció gustarle, pues al despedirnos, el anciano me preguntó si no quería ver su verdadero estudio, en Meudon, e incluso me invitó a su mesa. Había recibido la primera lección: que los grandes hombres son siempre los más bondadosos.

La segunda me enseñó que, en su vida, son casi siempre los más sencillos. En casa de aquel hombre, cuya fama llenaba el mundo y cuyas obras tiene presente nuestra generación, trazo por trazo, como los de los mejores amigos, se comía tan simplemente como en casa de un campesino medio: buena carne sabrosa, unas cuantas aceitunas y jugosa fruta; y para acompañarlas, un recio vino de la tierra. Esto me infundió mayor valor y, al final, hablé de nuevo sin ambages, como si aquel hombre viejo y su mujer me fueran familiares desde hacía muchos años.

Después del almuerzo pasamos al taller. Era una sala espaciosa que reunía copias de sus obras más significativas, pero entre éstas yacían o levantábanse centenares de preciosos estudios de detalle —una mano, un brazo, las crines de un caballo, una oreja de mujer; en su mayoría sólo modelados en yeso. Recuerdo todavía muchos de esos esbozos, formados únicamente para el propio ejercicio, y podría hablar horas enteras sobre aquella hora.

Finalmente, el maestro me condujo hasta un pedestal, donde unos trapos humedecidos ocultaban su última obra, un retrato de mujer. Apartó aquéllos con sus pesadas y arrugadas manos de campesino y dio un paso atrás. Proferí sin querer un «¡Admirable!», que me salió del oprimido pecho y en seguida me avergoncé de semejante trivialidad. Pero él, con reposado positivismo, en el que no se hubiera podido descubrir ni un asomo de vanidad, murmuró, contemplando su propia obra, en tono de sentimiento:

—*N'est-ce pas?*— Luego, titubeó—. Sólo aquí, en el hombro... ¡Un momento!

Se quitó el batín, se puso el guardapolvo blanco, tomó una espátula y, con un golpe magistral, alisó en el hombro la suave piel, que parecía respirar y vivir. Nuevamente dio un paso atrás.

—Y, luego, aquí— musitó.

Y otra vez quedó realzado el efecto mediante un detalle mínimo. Después ya no habló. Avanzaba, retrocedía, miraba la figura en un espejo, rezongaba y emitía sonidos ininteligibles, modificaba, corregía. En su mirada amablemente distraída durante el almuerzo, movíanse ahora con brusquedad extrañas luces; parecía haberse agrandado y rejuvenecido. Trabajaba, trabajaba con toda la pasión y la fuerza de su robusto y pesado cuerpo; cada vez que daba con vehemencia un paso hacia adelante o hacia atrás, crujía el piso. Pero él no lo oía. No notaba que a su espalda estaba un hombre joven, silencioso, con el corazón en la garganta, dichoso de poder observar a semejante maestro sin igual durante la labor. Se había olvidado completamente de mí. Yo no existía para él. Sólo estaba la figura, la obra, y detrás de ella, invisible, la visión de la perfección absoluta.

Así transcurrió un cuarto de hora, media hora, no sé cuánto. Los grandes instantes siempre permanecen más allá del tiempo. Rodin estaba tan abismado en su tarea que ningún trueno le hubiera despertado. Sus movimientos eran cada vez más ásperos, casi más furiosos. Una suerte de ferocidad o embriaguez le había sobrevenido; trabajaba más y más rápidamente. Luego, las manos se volvieron más titubeantes. Parecía haber reconocido que nada le quedaba por hacer. Una vez, dos, tres veces retrocedió, sin retocar más. Entonces dijo algo con una voz que se perdió entre su barba, y con la delicadeza con que se coloca un chal en el cuello de una mujer querida, cubrió la figura con los trapos. Respiró hondamente, aliviado. Su figura parecía tornarse de nuevo más pesada. El fuego se había extinguido. Luego, ocurrió lo para mí incomprendible, la gran lección: se quitó el guardapolvo, recogió el batín y se dispuso a marcharse. Se había olvidado de mí totalmente en aquella hora de suprema concentración. Ya no sabía que un hombre joven, a quien él mismo condujo al taller para enseñarle sus obras, había permanecido detrás de él, con la respiración contenida, inmóvil como una estatua.

Se encaminó hacia la puerta. Cuando iba a cerrarla, me descubrió y se quedó mirándome de hito en hito, casi disgustado: ¿quién era aquel joven intruso que se había metido furtivamente en su estudio? Pero en seguida reaccionó, y, casi avergonzado, vino hacia mí.

—*Pardon, monsieur...*— empezó.

Pero no le dejé seguir. Me limité a estrechar, agradecido, su mano; hubiera querido, incluso, besarla. En aquella hora se me manifestó abiertamente el arcano eterno de todo el arte, y, en realidad, de toda realización humana: concentración, el resumen de todas las energías, de todos los sentidos; el éxtasis, la ausencia del mundo, de todo artista. Aprendí algo para mi vida entera.